

RESEÑAS

AGUSTÍN YÁÑEZ, *Archipiélago de mujeres*. Novelas. Grabados en madera de Julio Prieto.—México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1943. xxiv, 212 pp.

El prólogo de este reciente libro de Agustín Yáñez se antoja la bahía desde la cual el viajero que va a aventurarse en la exploración del archipiélago de apasionados sentimientos que tiene ante sí, es instruído a medias acerca de las sorpresas y hallazgos que el inminente recorrido puede depararle. En efecto, la figura un tanto nebulosa de Mónico Delgadillo, supuesto autor de las novelas que integran el volumen, y cuya silueta llena las páginas preliminares, encarna el tumulto de inquietudes y actitudes vitales dominantes en aquel grupo selecto de escritores y artistas que alentó en Guadalajara hacia los límites de 1929, animadores de la ambiciosa revista *Bandera de Provincias*, y que luego, desplazados al ámbito capitalino que es el nervio de nuestra vida, han sobresalido individualmente en aquellas disciplinas a que los inclinó el numen inapelable de la vocación.

Mónico Delgadillo tiene una intensa y cambiante vida interior: del campo de la dramaturgia se transporta a las austeras regiones de la filosofía; si un día el *Fausto* le parece “una pastorela de grandes proporciones, con ribetes de novela bizantino-picaresca”, emparentada con la Novena Sinfonía —esa “pastorela solemne”—, en seguida se acoge a la sombra sedante de los místicos, junto a los cuales “nada valen los enredijos filosóficos, drogas de la razón y de la soberbia”.

En medio de tantos devaneos indecisos, sin embargo, sobrevive al cabo de todas las tormentas de la duda un claro ideal estético: “Fraguar una prosa resistente y musical, que pueda oírse como se oyen los ruidos del agua y sentirse como las figuraciones irreales de las nubes, de las manchas; como las palabras del viento; como las pasiones expresadas en jeroglíficos.

¡Prosa de sugerencias! . . ." Y Agustín Yáñez, al elaborar el pretendido testamento literario del extinto Mónico, en la forma y emoción de estas novelas logró acercarse a los extremos del albacea perfecto, por la fidelidad inalterable con que convoca, siempre ceñido a las depuradas aspiraciones expresivas de aquél, las sombras entrañables de las siete mujeres contradictorias entre sí.

"Alda o la música", "Melibea o la revelación", "Doña Endrina o el deseo", "Desdémona o la belleza", "Oriana o la locura", "Isolda o la muerte", "Doña Inés o el amor" son los títulos de las novelas que componen *Archipiélago de mujeres*. El autor escoge los rasgos distintivos, esenciales, de figuras femeninas de perdurable arraigo en las letras del mundo, y tras de construir con recursos de seguridad y llaneza una trama original coincidente con el discurrir del modelo literario, las instala en un marco y dentro de un paisaje netamente mexicanos. Ya dentro del ambiente nuestro, sólo sobrevive el acento ético definido de cada criatura y entonces irrumpe el narrador, recio y delicado, imponiendo el fluir de su voluntad creadora, llevando climas pasionales y personajes por rumbos imprevistos, liberados íntegramente de su origen erudito.

Esa caudalosa, esa certera vena interpretativa de lo mexicano que late en cada una de las producciones literarias con que Agustín Yáñez nos regaló hasta aquí, se hace presente desde las iniciales exploraciones por las páginas de su *Archipiélago*, con más acendrada vitalidad que nunca, y envuelta en un decoro y buen gusto literario que llega a hacer audible, conforme a la exigencia de Mónico Delgadillo, el murmullo interminable de las subterráneas aguas de la conciencia. La expresión se afina hasta los matices últimos de la sensibilidad, y acuden a reforzar su eficacia sombras de pensamientos, pausas oníricas, sugerencias transparentes . . .

No se crea, por lo anterior, que nos hallamos ante una obra alquitarrada, específicamente cerebral. Las potencias y angustias de la pasión la recorren de extremo a extremo, en su rigor desnudo, y se entrecruzan allí, con rumor de sangre y humanos jadeos, la furia de los celos, el deseo torturante, el ímpetu de la riña, la vesania nublada del crimen, la casta delicia del amor sin esperanza, el viento implacable del Amor con todas sus tiranías y recompensas.

Sería difícil encontrar, entre los libros publicados en los últimos tiempos, una estilización tan fiel y persuasiva del ambiente mexicano. Páginas hay —como en la "Melibea" donde ocurre el retorno del estudiante que va a su pueblo a saborear la vacación— donde la nostalgia de nuestro campo nos penetra con intensidad dulce y dolorosa, merced a ese don

exclusivo de Yáñez para evocar una provincia apacible, pródiga, colmada de buenos olores, limpia y restauradora. Su ternura incisiva para pintarla no se limita a los perfiles exteriores, sino que con pareja facilidad su pluma ahonda en los herméticos y justos contornos de su conciencia. Y es así como mejor concreta Yáñez su designio de hacer alentar sus clásicos modelos en la esfera de nuestra intimidad inmediata.

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

HORACIO QUIROGA, *Sus mejores cuentos*. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Introducción, selección y notas de John A. Crow.—México, Editorial Cultura, 1943. LII, 290 pp. \$2.00.

El tercer volumen de las magníficas ediciones de los CLÁSICOS DE AMÉRICA que realiza el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se consagra a los mejores cuentos de Horacio Quiroga. Veintitrés de sus relatos magistrales se reúnen en el tomo que se completa con una introducción y notas de John A. Crow, de la Universidad de California. Si Quiroga tuvo esos dos amigos que le biografiaron admirablemente, José M. Delgado y Alberto Brignole, encuentra en Crow, ahora, a uno de sus críticos más lúcidos y enterados, al propio tiempo que penetrantes y completos.

Nos parece un gran acierto que se hubiese antologizado a Horacio Quiroga. Para él el cuento, como lo apunta Crow, fué un género esencial y eterno. "Lo amó con pasión, y estudió su técnica con lealtad y tenacidad ejemplares. Aspiró a la perfección y la alcanzó muchas veces, poniéndose en el altísimo nivel a que no han llegado más de diez en el mundo literario occidental, así de Europa como de la América." La vida de Quiroga, resumida aquí por Crow, con un sereno patetismo, nos parece también un cuento recio, y en varios de sus altos, y en su remate, trágico. Y el que prueba variamente del amor y el cloroformo para documentarse, el que acaba, sabiendo de su dolencia, con el cianuro; el que es romántico, realista, esperanzado y sin esperanzas, el que examina, con proximidad evidente a la naturaleza y a lo antinatural; el que sigue cursos libres en la escuela de la vida, pone por obra, en sus cuentos, el decálogo del perfecto cuentista que él había escrito un día para *El Hogar* de Buenos Aires.